

MALESTAR EN LA SOCIEDAD CHILENA: ¿DE QUÉ, EXACTAMENTE, ESTAMOS HABLANDO?

José Joaquín Brunner

Frente al diagnóstico enunciado recientemente por intelectuales y dirigentes identificados con la Concertación de Partidos por la Democracia en el sentido de que existiría en la sociedad chilena un difundido y generalizado malestar, este artículo procura rebatir dicho diagnóstico y ofrece una explicación alternativa sobre el estado de la opinión pública nacional. En particular, se muestra que la interpretación de los resultados de la elección parlamentaria del 11 de diciembre pasado efectuada por la *intelligentsia* concertacionista fue equivocada y que, en vez de existir el difundido malestar postulado por aquélla, lo que existe es una disyunción entre las altas expectativas creadas por la modernización y la desigual y sólo parcial satisfacción de las demandas generadas por dicho proceso. Asimismo, se rebaten los cuatro argumentos presentados por los sostenedores de la tesis del malestar para justificar su diagnóstico, mostrándose que ni las desigualdades sociales existentes, ni las políticas gubernamentales, ni una supuesta frustración con la transición democrática ni una sobrecarga de incertidumbres subjetivas pueden

JOSÉ JOAQUÍN BRUNNER. Realizó estudios de sociología de la educación en la Universidad Católica de Chile y en la Universidad de Oxford. Ex Secretario General de Gobierno (1994-1998). Ha sido profesor e investigador de la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (Flacso) y es autor de numerosas publicaciones en los campos de la sociología, la educación y la cultura. Entre estas últimas cabe mencionar *El caso de la sociología en Chile: Formación de una disciplina* (1988); *El espejo trizado: Ensayos sobre cultura y políticas culturales* (1989); *Educación superior en América Latina: Cambios y desafíos* (1990), *Globalización cultural y posmodernidad* (1998).

alegarse en favor de dicha tesis. Por último, se sugiere que el discurso de los malestares frente al desarrollo, la modernización y la modernidad se funda en una visión ideológicamente neoconservadora que, de sorpresa, se ha introducido en algunos círculos del pensamiento progresista chileno.

Un curioso descubrimiento

En círculos político-intelectuales de la Concertación existe la imagen de que la sociedad chilena no es feliz ni ha recuperado la alegría. Por el contrario, se sostiene que una gran mayoría de la población vive a disgusto, manifiesta inseguridad, no percibe un real progreso, es presa de temores y malestares y experimenta un sordo desasosiego con su posición presente y una intensa incertidumbre respecto del futuro. En suma, como se ha dicho recientemente: “un difuso malestar recorre Chile”¹. Desde esta perspectiva, la sociedad chilena aparece envuelta en miedos. “Una sociedad en que todavía buena parte de ella le teme a la competencia, a la que aterroriza ser medida en su productividad, que no sabe bien cómo hacerse cargo de la previsión personal de los infortunios, que piensa que flexibilidad laboral es sólo inseguridad; en tal sociedad la demanda a la democracia es que la proteja ante los riesgos que existen, o que cree que existen o podrían existir. Que la proteja frente a la velocidad de los cambios que producen asincronías entre las exigencias de los mismos y la capacidad de adaptarse a ellos y asumirlos. Que la proteja frente a poderes económicos que le parecen —lo sean o no— cada vez más fuertes, y ante los cuales se percibe subjetivamente débil”².

Uno se pregunta si alguna vez las sociedades fueron distintas; si no aparecen en todas las épocas —bajo diferentes formas— miedos e inseguridades. Más al punto todavía, uno se pregunta cómo hemos venido a descubrir ahora, recién, que la modernidad capitalista es un sistema de desajustes y asincronías, de cambios y riesgos, de amenazas e incertidumbres, de inseguridades y desprotecciones. Y que todos esos síntomas se agudizan, precisamente, en épocas de acelerada modernización y desarrollo de las sociedades.

¿Necesita alguien ser recordado, acaso, de que la mejor reflexión social de los últimos ciento cincuenta años se halla recorrida, justamente,

¹ PNUD, *Desarrollo humano en Chile-1998. Las paradojas de la modernización* (1998).

² Guillermo Campero, “Más allá del individualismo: la buena sociedad” (1997), pp. 414-415. Debo apresurarme a decir que dicho párrafo no es representativo del enfoque de G. Campero, cuyo artículo ofrece un cuadro matizado y realista de los estados de ánimo en la sociedad chilena.

por el tema común de los efectos insegurizantes de la modernización? En efecto, si algo caracteriza a la modernidad es que con ella el cambio subjetivo y en las condiciones materiales de vida se acelera de una manera nunca antes conocida. La fugaz belleza de la vida moderna de que habla Baudelaire reside allí: en lo transitorio, lo fugitivo, lo contingente. Incluso, los más renombrados pensadores sociales muestran al capitalismo moderno —con su combinación de técnicas y mercados, de apetitos y conocimientos— como una gran máquina destructivo-creativa de materiales, valores y formas de vida. ¿Quién no recuerda a Schumpeter que concebía al capitalismo como un método de transformación racional de la sociedad que no se detiene ante nada, que no puede permanecer estacionario y que arrastra tras de sí cambios en el orden social, las instituciones y los valores? Por su parte, Ralf Dahrendorf, uno de los más lúcidos exponentes del pensamiento liberal contemporáneo, postula que en vez del ideal moderno de una sociedad de ciudadanos autónomos lo que hemos estado creando es una sociedad de seres humanos atemorizados o agresivos. La ley y el orden se habrían erosionado hasta las raíces. En la actualidad, dice, “Anomia es [...] una situación en la que tanto la efectividad social de las normas cuanto su moralidad cultural tienden a cero”³. A su vez A. Giddens, el más leído e influyente de la actual generación de sociólogos británicos, sostiene que la modernidad de fines del siglo XX tiene dos caras. Una muestra la incomparable capacidad que tienen las sociedades desarrolladas para generar nuevas oportunidades; la otra, la cara sombría, exhibe los aspectos destructivos del capitalismo: la erosión de las tradiciones, el peligro nuclear, la devastación del medio ambiente, la falta de seguridad y el exceso de riesgos manufacturados por la propia sociedad⁴.

En suma, la modernización —mientras más avanza— se revela como una empresa ambigua que por un lado libera las energías humanas al multiplicar las posibilidades de ser, hacer y conocer al mismo tiempo que, por el otro, crea un medio ambiente social que “amenaza con destruir todo lo que tenemos, todo lo que sabemos, todo lo que somos. [...] Es una unidad paradójica, la unidad de la desunión: nos arroja a todos en una vorágine de perpetua desintegración y renovación, de lucha y contradicción, de ambigüedad y angustia”⁵.

El diagnóstico del malestar

A pesar de tan ilustres antecedentes sobre el malestar en la cultura moderna, localmente hemos despertado recién a un diagnóstico de esa na-

³ Ralf Dahrendorf, *Ley y orden* (1994), p. 42.

⁴ Véase Anthony Giddens, *The Consequences of Modernity* (1990).

⁵ Marshall Berman, *Todo lo que es sólido se desvanece en el aire. La experiencia de la modernidad* (1995), p. 1.

turalidad. Pero, claro, una cosa es el discurso reflexivo general sobre la modernidad y otra, muy distinta, el análisis de una sociedad concreta. No se puede bajar del cielo a la tierra de golpe, a riesgo de romperse uno las alas. ¿Cómo entonces hemos llegado aquí, en Chile 1998, a descubrir que vivimos en medio de un “difuso malestar”? Los argumentos explicativos que se traen a colación son de diverso orden. Pero todos tienen un trasfondo común: buscan incidir en el debate político del día y marcar los rumbos del futuro. De allí la importancia de proceder con el mayor rigor posible frente a este tópico.

En el nivel de la argumentación política, se sostiene (hasta hoy) que la alta abstención y el subido número de votos nulos y blancos registrados en la pasada elección parlamentaria reflejarían un cuadro de generalizado descontento. Para la Concertación, ése fue el *shock* del malestar. En el nivel de la argumentación sobre el estado de ánimo de la población se esgrimen variados resultados de encuestas de opinión pública que demostrarían el malestar que recorre a la sociedad chilena. Así como el camino se prueba andando, el malestar se prueba con sondeos. Por último, en el nivel de la argumentación explicativa se alega que las causas del malestar se hallarían: (i) en un modelo de desarrollo que multiplica las desigualdades; (ii) en políticas de sesgo neoliberal que favorecen una mercantilización de los bienes públicos esenciales; (iii) en la frustración provocada por los límites del proceso de transición hacia la democracia y (iv) en los avances de una cultura de la modernidad que fomentaría el individualismo, la desconfianza, el consumismo y la pérdida de los valores nobles.

Acoger sin más este diagnóstico y los argumentos que lo justifican es considerado por ahora “políticamente correcto”. Declararse intelectualmente insatisfecho con él y con su soporte probatorio y explicativo constituye, por el contrario, una señal de “autocomplacencia”. Dicho en otras palabras: hoy para ser crítico hay que no serlo respecto del diagnóstico y la argumentación de los críticos. Para no ser autocomplaciente hay que ser complaciente con la tesis del malestar. ¿Y qué pasaría si ésta fuese equivocada?

Observaciones preliminares: ¿es tanto el malestar?

Antes de abordar el análisis uno por uno de los argumentos del malestar conviene hacer algunas observaciones preliminares.

Primero que todo, llama poderosamente la atención que el diagnóstico del malestar generalizado no se haga cargo, de entrada, del hecho que las señales provenientes de la sociedad son tanto más ambiguas de lo que dicho diagnóstico admite. Así, por ejemplo, no hay signos demostrativos de

ningún tipo de descontento generalizado; más bien, la sociedad chilena muestra, durante los últimos ocho años, bajos grados de conflictividad social, una temperatura ideológico-cultural fría o moderada, una fuerte propensión a mantener sus equilibrios básicos, un clima de dedicación casi obsesivo al trabajo y un escaso espíritu de protesta. Quizá por eso se habla de un “malestar difuso” que, coloquialmente, viene a decir que es espacioso, dilatado pero, al mismo tiempo, de contornos poco precisos y ambiguo en su presencia.

También debiera llamar a reflexión el hecho de que el diagnóstico del malestar generalizado coexista con el período de mayor crecimiento del país en casi todos los ámbitos y con un mejoramiento —ciertamente desigual pero generalizado a su vez— en las condiciones de vida de la gente. Luego, los malestares que existan tendrían en cualquier caso que ser de un tipo especial, pues no obedecen al estancamiento, a la recesión, a la crisis, al elevado desempleo, a la contracción de oportunidades, al deterioro en las condiciones de vida, a un empeoramiento sostenido de la economía, la sociedad o la cultura.

Oponer felicidad y alegría como paradigmas respecto de los cuales medir el estado de la sociedad cierra el paso, efectivamente, a toda auto-complacencia pero, simultáneamente, conduce el análisis a un terreno extramundano. Pues siempre es cierto, como dice el famoso pasaje del *Calígula* de Camus, que “los hombres mueren y no son felices”. La muerte es una inseguridad revestida de certeza; en cambio, la felicidad, en ese sentido poético-metafísico de la palabra, no puede ser garantizada por la sociedad, menos aún por el Estado o un Gobierno. En cuanto a la alegría, en un sentido existencial fuerte, no hay quien pueda saber en qué medida existe en la sociedad ni cuál es su distribución per cápita. Pero parece razonable pensar que, en un plano menos exigente, la promesa concertacionista de ella sí se cumplió con el arribo de la democracia: llegó la libertad y desapareció el crimen político, la tortura, los allanamientos masivos, la persecución arbitraria...

En un sentido más práctico todavía —casi de sentido común— es posible entrever incluso que la gente no asume el malestar con que se le pretende identificar. En efecto, si de sondeos se trata, una proporción significativa se declara actualmente satisfecha con su vida y, más encima, feliz. Así, resulta que quienes “en general, considerando todos los aspectos de su vida” se sienten muy satisfechos o satisfechos suman un 59%, contra un 17% que se siente muy insatisfecho o insatisfecho (23% indiferente, ni bien ni mal). Entre los distintos grupos de edad, son los jóvenes de 18 a 24 años

quienes en mayor proporción se hallan razonablemente contentos (68%)⁶. Asimismo, en este nivel puramente declarativo —de sondeos, no de psicoanálisis—, la gente se declara normalmente feliz, según muestra la encuesta DESUC-COPESA de mayo de 1997. Allí, un 71% reconoce estar muy feliz o bastante feliz, cifra un poco más alta que la obtenida por la misma encuesta en la medición de abril de 1995. Por último, una encuesta ADIMARC del año 1997 revela que mientras un 21% de las personas declara que su ingreso familiar le alcanza bien y puede ahorrar y un 52% que le alcanza justo, en cambio un 24% manifiesta que no le alcanza y tiene dificultades y un 3% declara que sufre grandes penurias⁷.

Alguien podría retrucar que la gente se ha vuelto autocomplaciente o tiene una “falsa conciencia” de su propia situación. De allí nacería la necesidad de una *intelligentsia* lúcida que le revele al pueblo su “difuso malestar”. Mas este argumento, clásicamente lukacsiano, hace rato que perdió su encanto y que dejó de mostrarse operativo. De modo que en ese terreno —el de la conciencia social y el análisis de los estados de ánimo de la población— las cosas no siempre resultan ser como predicen nuestros esquemas de análisis y, de habitual, terminan siendo más complicadas de lo que estamos dispuestos a admitir. Me temo que a la tesis del malestar le ocurre algo semejante.

La argumentación política sobre el malestar

Hasta ahora, el argumento político más socorrido para demostrar la existencia de un difundido malestar en la sociedad chilena sostiene que la alta abstención (no inscritos e inscritos que no votan) y el subido número de votos nulos y blancos registrados en la pasada elección parlamentaria reflejarían, precisamente, ese cuadro de descontento generalizado. Incluso, se habló en su momento de un “voto crítico y de protesta”⁸. Curiosamente, esa línea de interpretación fue instalada no por la Oposición, como podía esperarse, sino por círculos político-intelectuales de la Concertación. En efecto, si uno hace un análisis de la prensa durante los 7 días siguientes al

⁶ Encuesta CEP-PNUD sobre Seguridad Humana. Véase CEP, *Documento de Trabajo* (abril 1998).

⁷ Roberto Méndez, “Tendencias de los consumidores, estrategia competitiva, calidad de servicio” (mayo 1997).

⁸ Un buen resumen de esta lectura crítica se encuentra en PAL, *Bitácora Legislativa* (marzo 1998).

11 de diciembre, verá que del total de opiniones registradas sobre el llamado voto crítico, un 48% de ellas pertenece a voceros de la Concertación, un 26% a voceros de la Oposición, un 3% a voceros de la izquierda extra-parlamentaria, un 9% a voceros del Gobierno y un 14% a otros actores. El análisis de las opiniones expresadas por los voceros de la Concertación muestra, a su vez, que un 61% de ellas atribuye la responsabilidad del incremento del voto nulo, blanco y la abstención al Gobierno, un 22% a la propia Concertación y un 17% al sistema político en general. ¡Así nació, como discurso político, la tesis del malestar!

Pero, ¿en qué se fundaba dicha interpretación? Inicialmente, sólo en indicios anecdóticos, en intuiciones, en pre-juicios sobre lo que “debía” estar sucediendo a nivel de la sociedad. Y, adicionalmente, en la resonancia que esa lectura de los resultados tenía con la crítica al modelo de desarrollo y a las políticas del Gobierno. Era, por tanto, una interpretación cómoda, conveniente. En efecto, si había un alto número de abstinentes y de votos nulos se debía a que la gente había querido dar una señal de protesta. Si la gente había protestado, se debía al malestar reinante en la sociedad. Si había ese malestar, se debía a que el modelo de desarrollo del país en vez de mitigar las desigualdades las profundizaba y a la frustración con las políticas del Gobierno que en vez de hacerse cargo del malestar lo mantenían por sus fallas, especialmente en los frentes de la salud, de los jóvenes, de la tercera edad y en el terreno de la transición democrática.

En cambio, ahora sabemos que las causas del no-voto y del voto nulo y blanco poco o nada tienen que ver con ese diagnóstico del malestar generalizado. Resumamos brevemente las conclusiones de los estudios realizados con posterioridad a las elecciones del 11 de diciembre sobre la no-votación, los votos nulos y blancos.

1. Los no-votantes (no inscritos más inscritos pero que se abstuvieron de votar) llegaron en diciembre de 1997 a un 27,2% del total de personas con derecho a voto. ¿Primera vez en la historia que sucedía esto? No. La cifra de no-votantes de 1997 es más baja que aquella que prevalecía en Chile hasta 1973 y similar a la obtenida en la elección municipal de 1996, que fue de un 27,3%. Este porcentaje de no-votantes es inferior al de más de 100 países de entre 171 cuya participación electoral ha sido comparada a nivel internacional. El guarismo chileno de no-votantes sobre el total de población en edad de votar nos ubica en el mismo rango de participación electoral de países como Alemania, Gran Bretaña, Finlandia, Irlanda y bastante por encima de Canadá, Francia, Japón, México y Venezuela, para citar sólo algunos. Durante el período 1945-1996, nuestro promedio de

participantes en las elecciones, medidos sobre el total de la población en edad de votar, fue de 43,1%, colocándose Chile durante ese período en el lugar 150 entre 171 países⁹. En suma, no había motivos en diciembre pasado para sobrereaccionar de la manera como se hizo.

2. Los no-votantes de diciembre se caracterizan por ser jóvenes (un 80% de ellos tiene entre 18 y 34 años; un 58% es menor de 24 años). En cambio, dicho grupo posee la misma distribución por sexo y estrato socio-económico que el universo de los votantes. No se trató, por tanto, de un rechazo popular a participar en las elecciones sino, específicamente, de un rechazo juvenil. Difícilmente, por lo tanto, el no-voto pudo deberse a una especial preocupación por las pensiones y la situación de la tercera edad. Tampoco se trató de un no-voto originado en personas con una posición política determinada. Por el contrario, los no-votantes muestran el mismo perfil de posiciones políticas de los votantes. No era por consiguiente un voto de izquierda o de Concertación descontenta.

3. El grupo de no-votantes tenía, además, la misma percepción que el de votantes en relación a la situación económica del país, a la aprobación/desaprobación de la gestión del Gobierno y a la evaluación de él. En particular, considera, igual que el universo de los votantes, que pobreza, salud, delincuencia y empleo son los problemas prioritarios que debe solucionar el Gobierno, con algo más de énfasis en pobreza y algo menos en salud y delincuencia. La mala atención de salud no pudo en consecuencia ser un motivo específico de la no-votación, máxime tratándose mayoritariamente de jóvenes.

4. Consultados un par de semanas después de las elecciones, los no-votantes estimaron en un 43,9% que el país está progresando, contra un 37,4% entre los votantes. No estamos pues frente a un grupo necesariamente desafecto por exclusión o que tenga una visión particularmente negativa o pesimista del país.

5. En suma, los no-votantes de diciembre son jóvenes, levemente más optimistas que los votantes, ponen menos énfasis que éstos en la necesidad de atender los problemas de salud y delincuencia pero algo más en pobreza y tienen la misma evaluación que los votantes respecto del Gobierno del Presidente Frei, al que ambos califican con la misma nota y aprueban/desaprueban en porcentajes similares¹⁰. Como señala un estudio independiente, “está claro [...] que este grupo que no concurrió a votar no

⁹ IDEA, *Voter Turnout from 1945 to 1997: A Global Report* (1997).

¹⁰ Para las cifras contenidas en los numerales anteriores, véase CEP, Encuesta Post-electoral de diciembre 1997, enero de 1998, CEP, *Puntos de Referencia* (abril de 1998).

lo hizo para castigar a la Concertación o al Gobierno...”¹¹. No fue el difuso malestar, entonces, el que inhibió a los que dejaron de votar.

6. ¿Por qué, entonces, la gente no se inscribe en los registros electorales y de esa manera se excluye de votar? Según una encuesta del CEP, un 31% por considerar que la política no se hace cargo de los problemas reales de la gente, un 29% porque no le interesa la política y un 14% porque tiene la sensación de que su voto no cambiará las cosas¹². En breve, la política carece de significación existencial para un amplio sector y esto lo lleva a no participar en las elecciones. Lo anterior aparece confirmado por la experiencia internacional comparada¹³.

7. ¿Y qué pasó con los que sí concurrieron a votar pero anularon su voto o votaron en blanco? Procedieron de esa forma, según propia declaración, en primer lugar por estimar que los políticos no se hacen cargo de los problemas de la gente, en segundo lugar por no tener interés en la política sino en otras cosas y en tercer lugar porque no les gustaba ninguno de los candidatos¹⁴.

8. Sólo una baja proporción de los votantes nulos y blancos ofrece como razón de su voto negativo el desencanto con el Gobierno o el haber querido protestar contra el sistema¹⁵. El descontento de una fracción del electorado no alcanza, sin embargo, para originar la tesis del malestar generalizado.

9. En adición a todo lo dicho, un estudio de correlación de los votos nulos y blancos con variables socioeconómicas de todas las comunas del país concluye que no resulta posible establecer correlaciones estadísticamente significativas entre variables de desocupación, acceso público a la salud y niveles de ingreso de la población y voto nulo y blanco. Dicho en otras palabras: en comunas con alta desocupación, bajo nivel de ingresos y uso preferente del sistema público de salud no se aprecia un incremento del supuesto voto crítico o de protesta¹⁶. La lectura post 11 de diciembre equivocó también en este punto la interpretación.

¹¹ Carla Lehmann, “La voz de los que no votaron” (abril de 1998), p. 7.

¹² Sobre la base de CEP, Encuesta Post-electoral de diciembre 1997, enero de 1998. Citado en PAL, *Bitácora Legislativa* (marzo 1998), p. 15.

¹³ Véase a este respecto, Eugenio Guzmán y Paulina Villagrán, “Elecciones parlamentarias 1997. Una segunda lectura” (febrero 1998), p. 11.

¹⁴ Sobre la base de CEP, Encuesta Post-electoral de diciembre 1997, enero de 1998. Citado en PAL, *Bitácora Legislativa* (marzo 1998), p. 15.

¹⁵ CEP, Encuesta Post-electoral de diciembre 1997, enero de 1998. En CEP, *Puntos de Referencia* (abril de 1998).

¹⁶ SECC, “Análisis de votación nula. Elecciones parlamentarias 1997” (enero de 1998).

10. Por el contrario, se ha demostrado que existe una correlación relativamente importante entre el porcentaje de aumento de votos nulos 1993-1997 y la caída de las votaciones de la Concertación y la Oposición, al nivel de 0,62 y 0,61 para cada bloque respectivamente. Luego, los votos nulos no son de distanciamiento respecto de la Concertación solamente, sino de la política y candidatos de ambos bloques por igual¹⁷.

11. Buscando por otro lado, resulta difícil imaginar —como sí se ha sostenido en círculos dirigentes de la Concertación— que el voto nulo o blanco, o el acto de no votar, hayan podido estar motivados por un sentimiento de frustración con la transición democrática¹⁸. En efecto, en ninguno de los estudios conocidos ni en las numerosas encuestas disponibles, las personas mencionan —entre los problemas que más les preocupan— los “enclaves autoritarios”. Una mayoría los desaprueba, sin duda, pero su mantención o supresión no se halla en el centro más inmediato de las preocupaciones ciudadanas.

12. En cambio, a la luz de los datos y análisis disponibles no resulta extraño, ni puede sorprender, que el no-voto y la votación nula respondan a un sentimiento de distancia respecto de la política-tal-como-se-practica, de los partidos y los parlamentarios. En efecto, hay abundante información proveniente de estudios cuantitativos y cualitativos que muestra lo siguiente: que una amplia mayoría de la gente no se interesa por la política, no participa en actividades relacionadas con la política, evalúa negativamente a los partidos y el desempeño de los parlamentarios y otorga un bajo grado de importancia y credibilidad a los partidos y el Parlamento¹⁹. El anterior cuadro de percepciones y opiniones se acentúa entre los jóvenes.

13. Por último, dicho todo lo anterior, conviene despejar un argumento según el cual la no-participación electoral tendría que ver con el hecho de que Chile es un caso excepcionalmente negativo en cuanto a ideología democrática o cultura cívica de su población. El siguiente cuadro comparativo desmiente ese aserto (las cifras representan porcentajes).

¹⁷ Eugenio Guzmán y Paulina Villagrán, *op. cit.*, p. 14.

¹⁸ El argumento se encuentra bien resumido en PAL, *Bitácora Legislativa* (marzo 1998), p. 10, punto 1.2.

¹⁹ Véase, por ejemplo, la serie Estudios Nacionales de Opinión Pública del CEP, las publicaciones periódicas del Barómetro del CERC y los Estudios de Opinión Pública de DESUC-COPESA. Sobre evaluación de los parlamentarios y el Parlamento, véase, en especial, DESUC-COPESA, *Estudio de Opinión Pública* (noviembre de 1997).

Variable	Chile	Sudamérica y México
Satisfacción con la democracia	37	36
Quedan por hacer cosas para que haya democracia	83	80
Confianza en las FFAA	21	23
Confianza en la Presidencia de la República	61	37
Confianza en el Congreso Nacional	54	33
Confianza en el Poder Judicial	42	34
Confianza en los partidos políticos	35	26
Democracia puede funcionar sin partidos	28	32
Sentimiento de proximidad con los partidos	16	14
Situación política es estable	78	63
Interés en la política	27	30
La política no importa	42	37

Fuente: Corporación de Estudios de Opinión Pública Latinoamericana, *Latinbarómetro 1997*.

En suma, la lectura política inicial que dio vuelo al diagnóstico de los malestares en la sociedad chilena —consistente en interpretar el no-voto y la votación nula como una manifestación de descontento y/o protesta contra el modelo de desarrollo y las políticas de Gobierno— no se sostiene en pie. Es, sencillamente, una lectura errada. La interpretación anexa, de que dicho voto negativo responde a un sentimiento de frustración democrática es implausible y contrario a los elementos de análisis disponibles. Por último, la idea de que en Chile existiría un sentimiento democrático excepcionalmente débil —que llevaría a inhibir la participación político-electoral— no se sustenta en los datos comparativos existentes.

Luego, si se desea defender el diagnóstico del malestar debe hacerse de manera independiente de la equivocada lectura de resultados electorales que le dio origen a fines del año pasado.

Del malestar a la realidad

Para sustentar dicho diagnóstico —una vez desahuciada la lectura del voto negativo del 11 de diciembre— suele recurrirse a una argumentación indirecta, de segundo nivel, referida al “estado de ánimo” de la población. A tal efecto se esgrimen sondeos de opinión que demostrarían la existencia de ese malestar difuso. Aquí se mostrará, por el contrario, que

esa lectura de los estudios de opinión existentes es parcial al menos y, probablemente, equivocada además²⁰.

De entrada, tuvimos ya la oportunidad de ver que la gente se declara razonablemente satisfecha y feliz con su estado actual, considerando todos los aspectos de su vida. Lo anterior no significa nada más que en la sociedad parece existir un grado razonable de reconocimiento de que las cosas no están ni tan mal ni son tan alarmantes como haría suponer el diagnóstico del malestar generalizado. Lleva a pensar, además, de que en la sociedad prevalece una percepción bastante más matizada de las cosas, como de hecho sucede y se muestra a continuación.

1. Las personas que evalúan su situación personal actual como peor que la de sus padres representan sólo un 18% de la población. Un 55% estima estar en mejor situación. Por su parte, los que creen que sus hijos estarán peor en el futuro son apenas un 7%, contra un 74% que estima que sus hijos estarán mejor. En otras palabras, las personas tienen la sensación de que existe progreso intergeneracional y confían en que éste continuará²¹. En lo más básico, entonces, existe un cuadro de moderada satisfacción y fuertes expectativas.

2. En cuanto a su situación económica personal, evalúan que les fue mal durante 1997 un 22% de las personas, mientras un 61% estima que al año siguiente le iría mejor, contra sólo un 6% que piensa le iría peor. ¿Hay algo llamativo en este cuadro si se considera que en Chile un 25% de la población vive en condiciones de pobreza y hay una amplia masa asalariada cuyo ingreso familiar apenas les alcanza para vivir con un mínimo de comodidad? En este caso, más que malestar (un 78% considera que económicamente les fue bien o regular durante 1997) lo que hay es la constatación de una realidad económicamente estrecha, combinada con altas expectativas inmediatas y de mediano plazo²².

3. En la percepción más general, el cuadro que emerge de los estudios de opinión pública es complejo y puede representarse por una tabla de doble entrada, que combina la visión sobre la economía del país con la evaluación de la propia situación de las personas²³.

²⁰ Aunque no resulte satisfactorio basar el análisis social exclusivamente en muestreos de opinión —es más, constituye una práctica que limita y puede distorsionar cualquiera investigación sociológica—, me veo obligado aquí a ofrecer una interpretación de esa naturaleza para poder contrastarla con aquella otra (la del malestar) que descansa íntegramente en ese tipo de análisis.

²¹ Cruz & Souza, *Representaciones de la sociedad chilena 1997*. Las cifras usadas en los siguientes numerales hasta el final provienen de esta misma encuesta, que se realizó en noviembre de 1997 en el Gran Santiago. Cuando se usan cifras de otra fuente, así se indica.

²² Es probable que en los próximos meses, como efecto del ajuste de la economía para hacer frente a la crisis asiática, la gente sienta una mayor presión, sus expectativas caigan y su evaluación se vuelva más negativa.

²³ Empleo aquí las cifras de Cruz & Souza, *Representaciones de la sociedad chilena 1997*.

		Evaluación de la situación personal	
		Bien	Mal
Bien	Evaluación de la economía chilena	30,4	26,4
Mal		10,9	27,5

4. En tal contexto de percepciones entrecruzadas, resulta entonces que un 40% de la población se declara satisfecho con su situación económica personal, independientemente de cómo califique la situación económica del país, y un 60% poco satisfecho, de los cuales sin embargo la mitad piensa que la economía del país está bien.

5. En seguida, al trasladar el foco desde la economía a la sociedad, vemos que la gente percibe a ésta como desigual, clasista, volcada al trabajo, conservadora, religiosa y desarrollada tecnológicamente²⁴. Además, la percibe como una sociedad semidesarrollada, semidemocrática, semimoderna, más o menos tolerante pero donde una mayoría siente que no puede decir libremente lo que piensa²⁵.

6. A su turno, ¿qué le preocupa a la gente? En mención espontánea, en primer lugar la pobreza, luego el empleo y el trabajo, en seguida los salarios y la delincuencia, los sueldos, la salud, la educación, la drogadicción y la vivienda. Frente a una lista de opciones, las respuestas son similares. En orden decreciente: pobreza, salud, drogadicción, delincuencia, salarios, desempleo, educación, corrupción, contaminación, justicia, vivienda, inflación y endeudamiento.

7. En el terreno de las condiciones de vida, las preocupaciones más intensas en orden de importancia son: pasar más tiempo con la familia, cuidar más la salud, brindar a la familia todas las comodidades que se merece, ser asaltado en la calle y la seguridad en el trabajo.

8. A partir del conjunto de elementos entregados en los numerales anteriores, ¿puede sostenerse como primera imagen o interpretación de la

²⁴ Dos de cada tres personas, o más, están de acuerdo con los atributos mencionados. Cruz & Souza, *op. cit.*

²⁵ Alrededor de la mitad está de acuerdo, la otra en desacuerdo.

sociedad que las opiniones prevalecientes apuntan a un diagnóstico de difundido malestar? Parece exagerado arribar a esa conclusión. Más bien, sería una grosera simplificación. Lo que hay, en cambio, es un cuadro matizado y complejo de percepciones y opiniones, con reconocimiento de progresos que se corresponden con los indicadores objetivos de mejoría en las condiciones de vida de las personas²⁶; altas expectativas de mediano y corto plazo; nítida identificación de desigualdades y señalamiento claro y concordante de problemas prioritarios, los cuales tienen que ver, principalmente, con acceso a servicios esenciales y con las condiciones de vida en la esfera privada.

Desconfianza en las oportunidades

La percepción respecto del desigual acceso y calidad de los servicios esenciales está seguramente en la base de una difundida desconfianza en las oportunidades, la cual coexiste con las altas expectativas de corto y mediano plazo. Esta asimetría es típica de países en rápido proceso de modernización.

1. En efecto, el crecimiento rápido pero socialmente desigual hace pensar a la gente que la pobreza, en vez de disminuir, aumentará. De hecho, un 67% estima que la brecha entre ricos y pobres se está agrandando de manera que en 20 años habrá más pobreza que ahora, contra sólo un 27% que estima que el rápido crecimiento de la economía permitirá que ya, en 20 años, no haya pobres entre nosotros. En consecuencia, la gente tiene expectativas altas pero desconfía del futuro puesto que mide a éste con la vara de su experiencia presente y, en cambio, las expectativas mezclan deseos y realidad, anhelos y posibilidad.

2. La mitad de la población considera como “muy desigual” el acceso a los servicios esenciales (un 49% en el caso de la salud, un 47% en la justicia, un 43% en la educación²⁷). Según sabemos por múltiples estudios sectoriales, las personas desconfían de que se esté avanzando lo suficiente como para cambiar esa situación de acceso. Con todo, sólo una minoría teme que en el futuro disminuirá la calidad de la salud (12%) o de la educación (7%).

²⁶ Sobre el mejoramiento de las condiciones de vida de la gente, véase Ministerio Secretaría General de la Presidencia, *Más oportunidades para la gente. Las transformaciones del período 1990-1997 para el Chile del 2000* (1998).

²⁷ DESUC-COPESA, *Estudio de Opinión Pública*, 5 (mayo de 1997).

3. Adicionalmente, las personas aspiran a ponerse a la altura de ciertas exigencias familiares, como dedicar más tiempo y ofrecer mayores posibilidades y comodidades a su grupo familiar, aspiración que probablemente explica parte importante del factor endeudamiento de las personas. Este último, que desde el punto de vista de la tesis del malestar es mirado como una trampa del consumismo y un motivo generador de angustia e inseguridad, tiene como contracara expectativas de mejoramiento familiar y la decisión de invertir en el futuro. De hecho, el número de deudores del sistema financiero ha aumentado de 1.560.000 en 1990 a 4.491.000 en 1997²⁸.

¿Cómo interpretar entonces esta desconfianza en las oportunidades? Sugiero la siguiente hipótesis de trabajo. La gente desea seguir mejorando sus condiciones de vida —y de su familia— pero más rápido. Quiere “más de lo mismo” pero en un menor tiempo, de manera de, así, satisfacer sus expectativas. Está dispuesta a trabajar duro, incluso a endeudarse. Pero, al mismo tiempo, desconfía —por su propia experiencia de las desigualdades— de que el crecimiento vaya a beneficiarlos directa y oportunamente y brindarles acceso a los servicios esenciales que debe proporcionar la sociedad.

Inseguridad de orden

Junto a esa desconfianza, la gente siente, en una dimensión específica de su vida, un alto grado de inseguridad. Pero tal inseguridad tiene poco que ver con sentimientos de malestar. Se trata, lisa y llanamente, del temor a ser asaltado o robado, uno de los más antiguos miedos de la humanidad, aumentado ahora por las características de la vida urbana y por la alta exposición de hechos delictuales a través de la televisión²⁹. Incluso habiendo disminuido la tasa declarada de victimización durante los últimos años, según se establece en un reciente estudio del CEP, igual la gente siente que puede ser objeto de delitos y tiene poca o ninguna confianza en que los culpables serán condenados en un tiempo razonable³⁰.

Pero, ¡cuidado! Este sentimiento de vulnerabilidad, más que alimentar un sordo malestar, lo que hace es intensificar la demanda por ley y orden. El 88% de las personas estima que con “mano dura” se acabaría el problema de la delincuencia, un 76% está de acuerdo con la pena de muerte en caso de delitos atroces y un 83% estima que nunca se debería indultar a los que venden drogas.

²⁸ Revista *Estrategia*, 9 de junio 1998.

²⁹ Véase José Joaquín Brunner, “Política de los medios y medios de la política: entre el miedo y la sospecha” (octubre 1997).

³⁰ CEP, *Estudio Nacional de Opinión Pública* N° 6 (junio-julio de 1997).

Dilemas valóricos

Con la evolución de las costumbres y los comportamientos que trae consigo la modernización de la sociedad, la gente enfrenta diversos conflictos y dilemas valóricos. Nada indica, sin embargo, que a este propósito exista en nuestra sociedad un generalizado malestar moral o cultural. ¿Qué se percibe, por el contrario?

1. Que empieza a producirse la típica diferenciación de percepciones y actitudes que la modernidad trae consigo. En efecto, los valores del grupo más joven, de 18 a 24 años de edad, se separan de los valores de las personas de 55 años o más; en algunos casos hombres y mujeres difieren netamente entre sí en cuanto a sus valoraciones y algo semejante tiende a ocurrir con los valores de los grupos socioeconómicos bajo y alto.

2. Así, por ejemplo, mientras un 67% de los jóvenes asiste habitualmente a centros comerciales, sólo un 25% de los mayores de edad dice hacerlo. Declaran creer mucho en los milagros un 70% por ciento de las mujeres, pero sólo un 54% de los hombres; un 73% de los más viejos contra un 46% de los jóvenes; un 70% en el estrato bajo frente a menos de la mitad en el estrato alto. Que los jóvenes vivan en pareja sin casarse es algo con que están “muy” o “algo” de acuerdo un 87% de los propios jóvenes, pero sólo un 48% de los adultos mayores de 55 años. Los programas de televisión en los cuales se entrevista a prostitutas y homosexuales son considerados aceptables por un 58% del estrato alto, el doble de quienes opinan así en el caso del estrato bajo; el grado de aceptación de dichos programas entre los jóvenes es casi tres veces el de los mayores de 55 años y es mayor también entre los hombres que las mujeres.

3. Así como hay diferenciación de valores hay también, en algunos aspectos, una creciente homogeneidad en el sentido propio de una cultura más abierta y pluralista. Por ejemplo, un 83% acepta la educación sexual en la enseñanza básica, un 80% la distribución de anticonceptivos en los hospitales públicos, un 76% el aborto cuando la vida de la madre está en peligro, un 61% la legalización del divorcio, un 60% que una mujer casada decida no tener hijos para dedicar más tiempo a su carrera y un 52% se declara muy de acuerdo con el enunciado de que “no hay formas buenas y malas de vivir, todas son aceptables si no se daña a los demás”.

4. La misma homogeneidad, pero en sentido contrario —del rechazo—, se observa frente a ciertas cuestiones que claramente contravienen el mínimo común ético de la gente. Por ejemplo, un 92% de la población considera que no se debe permitir el aborto por libre elección, un 88% considera inaceptable la transmisión televisiva de películas con desnudos

en horarios de audiencia infantil, un 76% está de acuerdo en que se debe imponer la pena de muerte al violador de una niña de 12 años.

5. De cualquier forma, la evolución moral en curso parece ser gradual más que abrupta e inclusiva más que excluyente. Sólo una minoría —un 15%— piensa que la sociedad chilena posee valores “muy sólidos” y apenas un 5% cree, en el extremo opuesto, que ellos son “nada” de sólidos. Entre medio, el restante 80% de la población estima, casi por mitades iguales, que o bien son “bastante” sólidos o son “poco” sólidos, respectivamente. Esa mayoría —y no cualquiera de los dos extremos— constituye la corriente ética principal de nuestra sociedad. Esa mayoría del medio —que va de “bastante” a “poco” sólidos— evalúa diversos asuntos con un inconfundible gesto ambiguo³¹.

6. A ambos extremos de la corriente ética principal se ubican, en cambio, los dos polos minoritarios que esgrimen principios morales excluyentes. Para ponerlo gráficamente: aquel 7% de la población compuesto por quienes estiman que “se debe permitir el aborto si la mujer no desea tener más hijos” a un lado y, al otro, aquel 8% que se declara en absoluto desacuerdo con el enunciado “si los padres se llevan mal, es mejor para los hijos que los padres se divorcien a que sigan juntos”³².

En conclusión, más que un malestar cultural lo que hay es movimiento en el plano de los valores. A la luz de los antecedentes presentados, puede decirse que en el Chile contemporáneo la mayoría está tratando de adaptarse culturalmente —desde distintas posiciones sociales y visiones de mundo— a los desafíos propios de la modernidad. La existencia de esa corriente central moderada y en evolución gradual explica seguramente que, en cuanto a posiciones valóricas, cuatro de cada diez personas se definan a sí mismas en la actualidad como conservadoras, dos como liberales y cuatro como “ni conservadores ni liberales”³³. (Sólo al pasar llamo la atención al hecho de que la gente se define casi sin excepción en ese espectro de valores, en tanto que más de la mitad de la población se abstiene de hacerlo en el espectro político-ideológico de derecha a izquierda.)

La argumentación sobre las causas del supuesto malestar

Llegamos así a la última parte de este análisis, donde nos hacemos cargo de las explicaciones que se alegan para justificar el diagnóstico del malestar generalizado en la sociedad chilena. Revisemos brevemente los cuatro argumentos que se ofrecen para ver dónde fallan.

³¹ Cruz & Souza Consultores, *op. cit.*

³² Cruz & Souza Consultores, *op. cit.*

³³ Cruz & Souza Consultores, *op. cit.*

Desigualdades crecientes

Se alega que el malestar sería generado por un modelo de desarrollo que multiplica las desigualdades. Que la gente posea una aguda percepción de las desigualdades no significa, sin embargo, que ellas estén aumentando. Más bien, todo indica que las desigualdades están disminuyendo en general. En efecto, entre 1990 y el año 2000, la esperanza promedio de vida de los chilenos habrá aumentado en 4 años, la mortalidad infantil se habrá reducido a la mitad, los alumnos que asisten a escuelas subvencionadas recibirán una subvención tres veces superior, el rendimiento de las escuelas más pobres se habrá incrementado en 30%, la economía habrá generado un millón de nuevos empleos, los salarios reales se habrán incrementado en un 40%, la pobreza se habrá reducido a la tercera parte, la red vial y urbana será tres veces más densa y el consumo privado habrá aumentado en alrededor de un 60%. Todos esos son indicadores de mayor igualdad y mayores oportunidades. Lo único que en este contexto no habrá mejorado durante la década será la distribución del ingreso monetario de los hogares, la cual sin empeorar se habrá mantenido estacionaria sin embargo. Pero la diferencia de ingresos totales entre los quintiles más rico y más pobre de hogares, una vez computados los gastos del Estado en las familias, será por lo menos la mitad de que lo sería sin ese gasto social focalizado del Estado.

Frente a tales antecedentes resulta infundado pensar —y, en el mejor de los casos, exagerado sugerir— que el malestar difundido en la sociedad podría deberse a un incremento de las desigualdades sociales. A lo más, se podría postular que es provocado por una disminución no suficientemente rápida de las desigualdades (especialmente en el plano de las oportunidades de acceso y tratamiento en el caso de servicios esenciales) o, como hacen algunos, por la ausencia de políticas tributarias más fuertemente redistributivas³⁴.

Políticas neoliberales

El alegato de que los gobiernos de la Concertación han impulsado políticas que alimentan el malestar al desatender las funciones públicas en favor del mercado es insostenible. En efecto, durante la presente década el gasto social se habrá duplicado, en salud y educación se invertirá el año 2000 tres veces más que el año 1990, los municipios dispondrán de cuatro

³⁴ Sin embargo, la eficacia de tales políticas basadas en medidas impositivas es dudosa. Véase Eduardo Aninat, "Addressing Equity Issues in Policymaking: Principles and Lessons from the Chilean Experience" (1998), (borrador preliminar).

veces más recursos para atender necesidades cotidianas de la gente, el gasto del Estado en infraestructura física habrá aumentado más de 2,5 veces, en obras de regadío se invertirá 8 veces más, se alcanzará una cobertura de 100% en agua potable y alcantarillado urbanos y de 100% de agua potable en las zonas rurales concentradas, 4.500 localidades apartadas habrán accedido en estos años a la telefonía, el gasto en previsión habrá aumentado en más de un 60% real y el Estado habrá ampliado significativamente sus funciones de crédito y fomento a la mediana, pequeña y microempresa, junto con reforzar sus funciones de seguridad ciudadana y las relaciones del país con el exterior. No es efectivo, por tanto, que durante la década haya aumentado la mercantilización de la sociedad —o la monetarización de los riesgos— ni es sostenible que el Estado se haya retraído y dado paso a políticas de corte neoliberal.

Por el contrario, allí donde los privados intervienen en la producción o gestión de bienes públicos, en general la gente expresa satisfacción y/o confianza en dichos mecanismos mixtos, como en el caso de la educación privada subvencionada o de la incorporación de capitales privados vía concesiones a la construcción de obras viales. No sucede lo mismo en el caso de la salud. Un 71% opina que las clínicas privadas hacen poco o nada por solucionar los problemas de la gente.

En suma, resulta insostenible el argumento de que el malestar generalizado tiene que ver con la aplicación de políticas de corte neoliberal. En el mejor de los casos, el argumento tendría que ser que la gente espera más del Estado bajo el supuesto de que su acción llevará a superar más rápido la desconfianza en las oportunidades, a disminuir la brecha de desigualdades, a aminorar la inseguridad de orden, etc.

Frustración democrática

Ya vimos que este fenómeno, en cuanto dice relación con la existencia de enclaves autoritarios, no afecta de manera decisiva el estado de ánimo de la opinión pública ni hace que la gente se vuelva contra el Estado o el Gobierno. Adicionalmente, vimos que la adhesión democrática en Chile es semejante a la de los demás países de América Latina y que sus tasas de participación electoral han sido más altas en esta década que nunca antes y satisfactorias a nivel comparativo internacional.

Lo que sí existe, en cambio, pero seguramente no al punto de provocar específicos malestares, es un generalizado desinterés por los temas que la dirigencia política debate en los medios de comunicación y un bajo grado de identificación de la gente con el sector político. La gente evalúa

negativamente a los partidos (74% piensa que hacen nada o poco por resolver los problemas de la gente) y a los ministros (61%); cree que todos los dirigentes políticos dicen lo mismo (82%) y opina que los jóvenes se interesan más por la música que por la política (95%). Hay una distancia real, en consecuencia, entre la política y la gente, pero no se ve cómo esto conecta con una tesis sobre el malestar.

Incertidumbres subjetivas

Es una antigua tesis conservadora (hoy neoconservadora) que las contradicciones del capitalismo moderno son la fuente de variados malestares en la cultura³⁵. El reciente Informe sobre Desarrollo Humano en Chile, titulado *Las paradojas de la modernización*, acoge parcialmente esa tesis. Se sostiene allí que “la cara oscura del desarrollo chileno consiste [...] en un conjunto de hechos, objetivos y subjetivos, que producen inseguridad e incertidumbre. Estas situaciones, expresadas de modo difuso en el malestar existente, parecen ser el producto de un desajuste entre la modernización y la subjetividad”³⁶. O, como se dice en otras partes, un desajuste entre los sistemas funcionales y la integración social.

Quienes sostienen esta tesis usualmente ponen bajo un mismo paraguas —el de los malestares— un conjunto heterogéneo de situaciones, tales como la desconfianza en las oportunidades, las inseguridades de orden, las frustraciones democráticas, la insatisfacción relativa de expectativas, etc. Hemos visto que de esa forma el análisis termina descubriendo malestares allí donde no los hay o hay otras cosas³⁷. Ya mostramos más arriba, asimis-

³⁵ He desarrollado esta idea más extensamente en un reciente trabajo, “Apuntes sobre el malestar frente a la modernidad: ¿Transfiguración neo-conservadora del pensamiento progresista?”, que se halla disponible en www.chile2000.cl

³⁶ PNUD, *op. cit.*, p. 222.

³⁷ Es de suyo discutible un análisis de la sociedad —máxime aún de su subjetividad— basado solamente en el registro de opiniones entregadas por sondeos y grupos focales. De hecho, a partir de la misma encuesta empleada por los autores de *Las paradojas de la modernización*, un estudio del CEP arriba a conclusiones diferentes. Señala que “a pesar de que objetivamente la población se encuentra bastante cubierta por mecanismos de seguridad tales como acceso a redes de sociabilidad, sistemas de previsión, sistemas de salud, niveles de información, bajas tasas de delincuencia, tasa de empleo creciente, la percepción sobre la seguridad real (*sic*) que entregan estos mecanismos es baja. Es decir, la población de alguna forma tiene dudas respecto de la efectividad de estos mecanismos como capaces de reducir la inseguridad o lo que es lo mismo como verdaderos mecanismos de seguridad”. (CEP, *Estudio Nacional de Opinión Pública* N° 6, *op. cit.*, p. 87) Agrega asimismo el estudio del CEP que a medida que crece el nivel educacional de las personas aumenta su grado de confianza en los mecanismos de seguridad en las áreas de sociabilidad, previsión, salud y trabajo y que, en cambio, en el área de la seguridad ciudadana el estrato socioeconómico alto es inseguro respecto de los delitos de robo mientras que en el grupo socioeconómico bajo la mayor inseguridad se concentra en los delitos de agresión sexual y de violencia, del tipo venganzas y acciones de pandillas. Dicho en otras palabras, se muestra allí que en una sociedad altamente estratificada, la distribución de los bienes es similarmente desigual a la distribución de los males y los riesgos, lo cual no parece precisamente un descubrimiento de primera magnitud.

mo, que en Chile resulta infundado hablar de una cultura tensionada por graves conflictos de valor o de una subjetividad desgarrada por la modernización. Lo que existe, en cambio, es un gradual proceso de evolución y adaptación de la moral y los valores a las nuevas condiciones de la vida urbana, relativamente secularizada y con mayor autonomía de las personas.

Conclusión I: la confusión del malestar

Revisada la tesis del malestar difuso que existiría en la sociedad chilena se arriba a las siguientes conclusiones.

1. El factor desencadenante de dicha tesis fue una equivocada lectura de los resultados electorales del 11 de diciembre pasado. Un error de interpretación política permitió acoger y dar vuelo a un diagnóstico que parecía concordar con esa lectura equivocada.

2. Los datos extraídos de sondeos de opinión pública y usados para justificar el diagnóstico del malestar constituyen, en el mejor de los casos, una base empíricamente débil y han sido sometidos, además, a una lectura esquemática y circular (“porque hay malestar los datos muestran que hay malestar”).

3. Las explicaciones que atribuyen las causas del malestar a factores tales como crecientes desigualdades, políticas neoliberales, frustración democrática y crisis de subjetividad no resultan convincentes; no se hallan avaladas por los análisis disponibles ni cuentan con suficiente apoyo empírico.

4. El propio concepto de “malestar” es usado de forma difusa, abarcando bajo un mismo término-continente una variedad de contenidos distintos, tales como desconfianza en las oportunidades, inseguridades de orden, distanciamiento de la política, incertidumbres subjetivas, etc.

5. Además, dicho concepto es empleado confusamente en dos niveles por completo distintos. Uno es el nivel de lo que suele llamarse el “malestar de época” (o propio de la modernidad); un concepto macro que proviene del análisis cultural³⁸. El otro es el nivel del “malestar empírico”, que busca reflejar situaciones micro (de grupos o individuos), pero que se extrapola a la sociedad, sin que se cuente con una teoría para ello (como la de la anomia, o las disonancias cognitivas, o la revolución de las expectativas, o la alienación, etc.) ni con datos que sustenten esa proyección.

6. El malestar empírico pretende ser contrastado además, políticamente, con nociones tan complejas como el de felicidad humana, casi al

³⁸ A este respecto, véase José Joaquín Brunner, *Globalización cultural y posmodernidad* (1998), especialmente Partes I y II.

nivel en que Freud sitúa su clásico ensayo sobre *El malestar en la cultura*. A esta altura, la confusión se vuelve total: se hace un alegato político basado en un concepto confuso, sin una teoría que lo valide ni respaldo suficiente en resultados de investigación. Resultaría más lógico, si se desea progresar en el análisis de la subjetividad en la sociedad chilena, y centrar dicho análisis en la noción de inseguridad, elegir el camino más directo (y que cuenta con una larga tradición conceptual tras de sí), cual es partir de los conceptos de cambio y crecimiento.

7. Por último, a mayor abundamiento, cabe agregar que los datos comparables a nivel internacional muestran que el estado de la opinión pública chilena no difiere de ninguna manera particular —más bien tiende a reflejar un menor “negativismo”— en todos los asuntos relacionados con desconfianza en las oportunidades, inseguridades de orden y condiciones de sociabilidad, según se resume en el siguiente cuadro.

Variable	Chile	Sudamérica y México
Pobreza ha aumentado mucho	34	71
Más pobres que hace cinco años	36	76
Distribución del ingreso es muy injusta	34	33
Calidad salud ha disminuido en últimos 12 meses	23	32
Calidad educación ha disminuido en últimos 12 meses	16	30
Calidad vivienda ha disminuido en últimos 12 meses	32	39
Delincuencia ha aumentado	65	81
Ha sido víctima de un delito últimos 12 meses	32	40
Drogadicción ha aumentado mucho últimos 12 meses	73	79
Corrupción ha aumentado mucho últimos 12 meses	62	81
Nada protegido por leyes laborales del país	23	32
Muy preocupado por la estabilidad laboral	27	38
Se puede confiar en la mayoría de las personas	18	20

Fuente: Corporación de Estudios de Opinión Pública Latinoamericana, *Latinbarómetro 1997*

Conclusión 2: el malestar como ausencia de certeza

De cualquier forma, interesa ver dónde se asienta el diagnóstico del “malestar difuso” cuando se lo mira desde el lado de la subjetividad de las personas. Si uno se atiene al Informe sobre *Las paradojas de la modernización*, el malestar de la sociedad “adopta en la percepción de la gente la forma de inseguridad” (p.103). Sus componentes principales serían la inseguridad ciudadana, la inseguridad socio-económica-laboral y la inseguridad sicosocial (vida urbana, contaminación, droga). Estas tres inseguridades corresponderían a tres temores básicos: temor al otro, temor a la exclusión social y temor al sinsentido, cuyas contracaras positivas serían la confianza en los demás, el sentido de pertenencia y las certidumbres que ordenan el mundo de la vida cotidiana. Luego, el modelo subyacente —el paradigma ideal de seguridad— es exactamente aquel proclamado por la ideología neoconservadora: integración moral que da lugar a las confianzas, comunitarismo de las pertenencias y valores fuertes que orienten con certidumbre la vida³⁹.

El diagnóstico del malestar difuso parece desprenderse directamente de esa teoría, en función de la cual —igual como la noche hace ver pardos todos los gatos— cualquier síntoma de desajuste en la sociedad (¡y las sociedades son sistemas de desajustes!) debe (¡normativamente!) ser entendido como un malestar de inseguridad. ¿Qué postula, en efecto, esa teoría? Según el Informe del PNUD, postula que “la certeza y la seguridad tienen en la construcción del orden social” un “carácter activo y fundacional” (p. 57). Así, por ejemplo, esta teoría razona que “las personas requieren de certezas y seguridades para desarrollarse”, que “la necesidad de certezas y seguridades tienen un fundamento antropológico”, que “el hombre debe crear certezas como condición de su existencia”, que “la sociabilidad es la base sobre la que se sustentan las certezas y las seguridades” y que la sociabilidad debe entenderse como “el despliegue de vínculos cotidianos entre los individuos que se sustentan en un mutuo reconocimiento como participantes de una comunidad de saberes, identidades e intereses”.

Se trata pues de una teoría funcionalista-normativa del orden social y de una antropología hobbesiana que poco tienen que ver con las sociedades modernas y con una visión del orden humano como esencialmente abierto, incierto y desprovisto de garantías fundacionales. Para una teoría basada en las certezas, sin duda, el mundo moderno se revela lleno de fallas de seguridad y la modernización le plantea un reto casi insoluble. Como

³⁹ Véase José Joaquín Brunner, “Apuntes sobre el malestar...”, *op. cit.*

dice el Informe del PNUD, la “modernización de la vida social [...] crea nuevas y mayores oportunidades al mismo tiempo que crecen la inseguridad y la incertidumbre” (p. 210). Efectivamente, el mercado y la democracia son, por definición, sistemas de incertidumbres, electivos, cambiantes, competitivos, plagados de asincronías, de cambios y desigualdades. Con razón uno se ve llevado a preguntarse, como hace Mircea Eliade en un hermoso libro, si acaso la democracia y el mercado ofrecen soluciones válidas “para que el hombre moderno pueda soportar la presión, cada vez más poderosa, de la historia contemporánea”⁴⁰; presión que esos mismos dispositivos crean.

Frente a esa pregunta radical se postula una visión que reclama la necesidad de un orden basado en certezas y capaz de “asegurar” la vida material y subjetiva de las personas. Más bien, llama la atención que esa reivindicación (neoconservadora) aparezca formulada desde el lado “progresista” de la dirigencia político-intelectual del país. ¡La confusión es un signo de los tiempos! Aparece como si la Concertación, luego de hacerse cargo del desarrollo y la modernización de la sociedad chilena, hubiera abierto su propia Caja de Pandora de la cual han escapado todos los miedos y malestares de la modernidad quedando adentro, solamente, la esperanza de poder restituir un orden de certezas comunitarias, seguridades públicas y valores capaces de refundar una subjetividad colectiva integrada.

La pregunta es ¿hacia dónde conduce político-intelectualmente la aceptación de ese diagnóstico del difuso malestar de las inseguridades?

1. A descubrir inseguridades y malestares por todos lados, crecientes y multiformes, y a la necesidad (artificial) de hacerse cargo de ellos buscando frenar o reducir los avances en la modernización de la sociedad, que serían los causantes de dichos desasosiegos.

2. A elaborar un concepto de Estado-asegurador/protector, hijo del Estado benefactor y del paternalismo social, que estaría forzado a hacerse cargo de esferas cada vez mayores de inseguridad humana y de desajustes de malestar.

3. A asumir una posición neoconservadora en materias culturales y de orientación ético-intelectual de la sociedad, frenando con ello los incipientes gérmenes de mayor autonomía de la sociedad civil y de un ordenamiento más liberal en materias ético-culturales; pluralista (en el sentido fuerte en que usa este término Isaiah Berlin), que significa todo lo contrario —a fin de cuentas— que el orden de una comunidad de certezas.

⁴⁰ Mircea Eliade, *El mito del eterno retorno* (1997), p. 130.

4. A proponerse tareas tan ilusorias como imposibles, del estilo de devolver a la sociedad sus alegrías y a las personas la felicidad, pretensiones fuera del alcance de cualquier programa político a fines del siglo XX.

5. A “subjetivizar” el análisis político-social, levantando a las encuestas, los grupos focales y el contacto directo con la gente en fuentes casi exclusivas del conocimiento de la sociedad. Las falencias de esta suerte de neopopulismo sociológico han sido ampliamente demostradas y no vale la pena insistir aquí en sus límites⁴¹.

6. A colocar a los sostenedores de la tesis del malestar difuso en una posición argumentalmente inobjetable. En efecto, cada vez que se cuestione su análisis o se les haga ver inconsistencias en la argumentación empleada, falta de pertinencia de la misma, confusión teórica en su fundamentación, parcialidad en el manejo de los datos, etc., podrán responder, con sorna: “Vengo llegando del reino de Calígula y he comprobado que la modernidad no hace feliz a la gente. La gente siente un difuso malestar”. ¡Así sea!

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Aninat, Eduardo. “Adressing Equity Issues in Policymaking: Principles and Lessons from the Chilean Experience”. Washington, DC: FMI, junio 1998 (borrador preliminar).
- Berman, Marshall. *Todo lo que es sólido se desvanece en el aire. La experiencia de la modernidad*. Editorial Siglo XXI, 1995.
- Brunner, José Joaquín. “Política de los medios y medios de la política: Entre el miedo y la sospecha”. *Diálogos de la Comunicación*, N° 47, Lima, octubre 1997.
- . *Globalización cultural y posmodernidad*. Fondo de Cultura Económica, 1998.
- . “Apuntes sobre el malestar frente a la modernidad: ¿Transfiguración neo-conservadora del pensamiento progresista?”. www.chile2000.cl
- Campero, Guillermo. “Más allá del individualismo: La buena sociedad”. En R. Cortázar y J. Vial (eds.), *Construyendo opciones*. Santiago: Cieplan/Dolmen Ediciones, 1997.
- CEP-PNUD. Encuesta CEP-PNUD sobre Seguridad Humana. En CEP, *Documento de Trabajo* N° 279, abril 1998.
- CEP. Encuesta Post-electoral de diciembre 1997, enero de 1998. En CEP, *Puntos de Referencia*, N° 197, abril de 1998.
- . *Estudio Nacional de Opinión Pública* N° 6, junio-julio de 1997.
- CERC. Barómetro, publicaciones periódicas. Santiago.
- Corporación de Estudios de Opinión Pública. *Latinbarómetro 1997*.
- Cruz y Souza Consultores. *Representaciones de la sociedad chilena 1997*. Santiago.
- Dahrendorf, Ralf. *Ley y orden*. Madrid: Editorial Cívitas, 1994.
- DESUC-COPESA. *Estudio de Opinión Pública* N° 5, mayo de 1997.

⁴¹ Pierre Bourdieu, entre otros, ha demostrado suficientemente las debilidades del pensamiento social construido sobre la base de elevar los sondeos a la categoría de expresiones de lo real.

- . *Estudio de Opinión Pública* N° 6, noviembre de 1997.
- Eliade, Mircea. *El mito del eterno retorno*. Barcelona: Altaya, 1997.
- Estrategia*, 9 de junio 1998.
- Giddens, Anthony. *The Consequences of Modernity*. Stanford University Press, 1990.
- Guzmán, Eugenio; y Villagrán, Paulina. “Elecciones parlamentarias 1997. Una segunda lectura”. En ILD, *Serie Informe Político* N° 50, febrero 1998.
- IDEA. *Voter Turnout from 1945 to 1997: A Global Report*. Estocolmo: IDEA, 1997.
- Lehmann, Carla. “La voz de los que no votaron”. En CEP, *Puntos de Referencia*, N° 197, abril de 1998.
- Méndez, Roberto. “Tendencias de los consumidores, estrategia competitiva, calidad de servicio”, mayo 1997, Santiago.
- Ministerio Secretaría General de la Presidencia. *Más oportunidades para la gente. Las transformaciones del período 1990-1997 para el Chile del 2000*. Santiago: 1998.
- PAL. *Bitácora Legislativa*, Año VIII, N° 249, marzo 1998.
- PNUD. *Desarrollo humano en Chile-1998. Las paradojas de la modernización*. Santiago, Chile: PNUD, 1998.
- SECC. “Análisis de votación nula. Elecciones parlamentarias 1997”. SECC, enero de 1998.